

Enrique González Rojo

Parque de Diversiones Poético

Arturo Córdova Just

Enrique González Rojo, Apolo Musageta, UAM Azcapotzalco,
Colección Laberinto. 217 págs.

Como tañer las pestañas de la amada y que brote una música de panoramas, guardar sus lágrimas en un frasquito y aplicarlas con goterra los enfermos de la vista, esgrimir con la pluma y sacar del aire una flor de notas y una gota, afilar la voz como a un cuchillo y cortar con las palabras, asomarse al balcón acompañado de las golondrinas, saludar y que de los dedos surjan melodías, como comunicarse por telégrafo, realizar piruetas sin red y perseguir a las Lovinas, sentir la composición de las olas inventando orillas cada amanecer, mirar a las hormigas frotar sus antenas e intuir un tintineo, como extraer el lápiz y transformarlo en batuta y que produzca corcheas y semitonos, ángulos rectos y pisadas, aprender que la tinta es de colores y figurativa y presenciar el nacimiento de un concierto sobre la piel de los papeles, Enrique González Rojo nos invita al parque de diversiones de su poesía y nos ofrece a la carta sonetos que son resbaladillas, o la montaña rusa que sube y baja con su cargamento de algaraza, o el carrusel en que los caballitos de madera se despiertan y saltan a cabalgar comandados por los niños, o donde cada tiro que da en el blanco pronostica acentos, alteraciones, risas entre las palabras, cuchicheos y cohetes que ascienden para iluminar el cielo; a Enrique no lo despeina la *kryptonita* y acaricia la piedra para que nazcan

objetos superrimados, voces que se parecen al susurro y al aparcamiento, y es como si en tu cuarto los juguetes comenzaran a respirar y el oso se moviera para indicarte el bosque detrás de la puerta, abrieras el armario y hallaras un pasadizo, o las pelotas se agitaran y cayeran de la repisa, tus soldaditos combatieran a los adultos, tus crayones dibujaran en la pared la entrada a un teatro de títeres, tus libros desplegaran sus alas, tu catamarán de madera surcara el mar al pie de la cama, vieras constelaciones en el techo, y te acordaras que la poesía es un juego, el terreno para saber qué sucede del otro lado del patio, una travesía en barco por las calles, lanzar el dado y colocar en el tapete las distintas posibilidades, Enrique se da cuenta y se arroja en paracaídas desde su avión: la *metáfora* aterriza en el parque México y a los pájaros se les antoja su barba para trinar en ella, su corbata para usarla como bandera, sus lentes para catar a través de ellos las moléculas de DNA, las agujetas de sus zapatos para colgar alguna estrella, sus dedos para rozar un deseo, una idea, una cometa que se escabulle seguida de unas nubes, y Enrique es feliz, no usa paraguas pero un bailarín bajo la lluvia, un mandarinas en muchachas, un arpista que al interpretar hace manar ríos de las alcantarillas, cascadas de los ventanales, jardines para invadir los estacionamientos, no es un ultra pero sí un plus que busca pluralizar en el poema, arrancar un verde velardiano a la secuencia de los versos, acentuar las sensaciones, se le acercan los patos y le entregan una partitura secreta, el Piru se inclina y le susurra aloído cierta rima, lo líquido quema sus estrofas y el fuego moja sus cuerdas bucales, los perros ignoran sus acordes pero al pasar lo observan fascinados, el farol de su casa se enciende y apaga avisándole que la luna se aproxima, González Martínez le

obsequia su cisne, el león de Chapultepec lo saluda desde su pedestal, en el zoológico el hipopótamo y la cebra le solicitan acaudille su rebelión contra las cercas, no tratan con la burocracia pero hay oficinistas que le piden textos en favor de los motines, y Enrique escribe, más claro, experimenta, le gustaría, a quién no, el órgano de Catedral para que ejecute sus cuartetos, la campana de Dolores y que ésta cante sus alegrías, andar por la Reforma y arengar a las estatuas y que descendan a impartir justicia, que su literatura sirva para hacer un brindis en Insurgentes, un coctel en el último piso del hotel de México, una manifestación de crisálidas que exijan su derecho de volverse mariposas, un ataque sobre el Estado y sus programas en pro de la tristeza.

Periódico **“El Financiero”** Sección **Cultural**

Martes 17 de abril de 1990.